
RECUERDOS DE WITTGENSTEIN

Las obras son las perfectas no sus creadores, reza un viejo adagio, refiriéndose sobre todo a los artistas. Lo mismo se podría decir de muchos pensadores y filósofos. Una trágica dualidad (a decir de Unamuno) parece signar a numerosos personajes talentosos que impotentes de armonizar sus atributos con su persona, su genio con su ser, viven asidos a sus destrezas más que a sí mismos, lo que trae como consecuencia una constante fractura de su fuero interno.

La magnitud del genio no necesariamente corresponde con la de la persona. Capacidad no significa ni felicidad, ni plenitud, ni armonía. Se puede ser diestro en hacer poemas, pergueñar tratados, pintar con nitidez, o boxear hábilmente, que ello no quiere decir que quien lo haga viva en paz consigo mismo. Al contrario, una multitud de ejemplos nos muestra que la regla es otra. La mayoría de los seres dotados tienen conflictos por armonizar equilibradamente las piezas de su vida; y en todos los rubros donde el talento es capaz de aflorar y manifestarse.

En nuestra tesonera época actual signada por la hiperreflexión y la hondura teórica, los ejemplos sobran. Detrás de la bien hechura de muchos textos y obras encontramos seres madejados, inestables, difíciles.

¿El precio del genio? Sin duda. De todos modos, ni todos los genios son seres desgarrados, ni, sobre todo, todos los seres desgarrados son genios. El caso de Ludwig Wittgenstein, es decir, la relación de este autor con su obra es de particular interés para el asunto que nos ocupa.

En *Recuerdos de Wittgenstein*, libro recientemente publicado en español, se acopian varios testimonios de personas que de algún modo convivieron con el autor del *Tractatus Lógico-Philosophicus* durante su vida. Así, al lado del testimonio de su hermana quien relata hechos acaecidos en su juventud y años después, aparecen otros muchos de hombres y mujeres que lo conocieron en diversas épocas de su vida.

En conjunto el libro es fulminante. Conforme lo leemos la faz interna del pensador austríaco se delinea paulatina y armónicamente. En la medida en que uno devora los testimonios, el rostro oculto de Wittgenstein emerge único e indeferenciabile.

Con qué viveza nos es posible imaginar a la persona Wittgenstein. Con qué profundidad estamos en la capacidad de aprehender esa parte de carne y hueso que Miguel de Unamuno reclamaba poder observar en los filósofos.

Detrás de cada gran obra pareciera haber un gran hombre. En Wittgenstein podríamos decir que detrás de su gran obra se encuentra un hombre luchando por aprender a ser él mismo y que ello no lo hizo ser un “gran hombre”, si por ello entendemos un ser inmaculado, sin tacha, bueno, querido.

En la personalidad de Wittgenstein revelada en estos testimonios, sobresale este modo de ser: la fidelidad consigo mismo. En todas sus acciones Wittgenstein parece decirnos que nada es importante salvo el actuar de acuerdo con la autenticidad que supura nuestro interior. Lo que, por su puesto, no es fácil y sí riesgoso.

“Mi ideal es cierta indiferencia. Un templo que sirva de contorno a las pasiones, sin mezclarse con ellas”, escribe en sus *Observaciones*. Comportarse así implica adquirir el vigor indispensable para no traicionarse a sí mismo. Wittgenstein, al igual que Nietzsche, no cedió. Pero a diferencia de éste, no se volvió loco, quizá porque no creía tanto en el lenguaje como el apóstol de Dionisio que a fin de cuentas era su único apoyo.

Recordemos, si no, la última oración del *Tractatus*: “De lo que no se puede hablar mejor es callarse”. Wittgenstein además de escribir y pensar, cultivó el silencio. En el fondo de su aparente dureza existía gran modestia, que al leer estos testimonios descubrimos sin falla.

Rhees, Rush, *Recuerdos de Wittgenstein*, Colección Breviarios, México, FCE, 1a. edición.

Lorenzo Meister